

meter ruido que para producir armonías, se componian de caracoles marinos, tamboriles y trompetas.

Todas las plazas de alguna importancia, muy especialmente las que se hallaban en las fronteras, presentaban obras de defensa, que llamaron la atención de los españoles. Las fortificaciones eran espesos muros con parapetos, estacadas y fosos, siendo los puntos mas fuertes por su solidez y por la manera con que estaban dispuestos, los *teocallis*, que venian á ser otros tantos castillos dentro de las poblaciones. La muralla que defendia la ciudad de Cuauhquechollan, consta que tenia veinte piés de altura y doce de espesor, y que estaba construida de piedra y cal.

Mas notable aun era el atrincheramiento militar de Xochicalco, que se halla al Suroeste de la ciudad de Cuernavaca, próximo á Tetlama. Monumento digno de ser visitado por los amantes al estudio de los objetos que revelan el adelanto de los pueblos antiguos de aquella parte del mundo y de las sociedades pasadas. Es un collado que tiene 117 metros de elevacion, aislado, formando cinco cuerpos ó plataformas defendidas por parapetos hechos de cal y piedra, formando el todo una pirámide truncada, cuyos cuatro lados, que miraban á los cuatro vientos cardinales, se encuentran perfectamente orientados. Llamam la atención por la maestría con que están cortadas, las piedras de pórfido con base de basalto, llenas de figuras geroglíficas representando hombres sentados en el suelo con las piernas cruzadas, como los orientales, y grandes cocodrilos arrojando agua á larga distancia. Este collado atrincherado, se ve cercado de fosos; y la gran plataforma que ostenta el curioso monumento, tiene 9,000 metros cuadrados, dejando

ver los restos de un reducido edificio de forma cuadrada, que revela haber sido el punto último en que los defensores que lo guarnecian hicieron una resistencia heroica.

No menos importante que las fortificaciones referidas eran otras de que nos han dejado noticia los conquistadores españoles, figurando entre las de primer orden, la gran muralla de seis millas de largo que los tlaxcaltecas, para defenderse de las invasiones de los mejicanos, levantaron en los confines de la república ocupando el intermedio de dos montañas.

1452.  
Hambre en  
Méjico.

Seis años habian trascurrido desde la inundacion de Méjico, y la monarquía mejicana se habia consolidado mas y mas en todo ese tiempo, y sus rentas habian crecido, y su ejército habia mejorado, cuando otra calamidad mas funesta que la inundacion de 1446, llegó á llenar de afliccion á sus habitantes.

Perdidas casi por completo, á consecuencia de fuertes heladas, las cosechas de maíz en los años de 1448 y 1449, y por falta de agua la de 1450 y 1451, la poblacion se encontró, en 1452, sin aquel grano de primera necesidad para su alimento, pues el trigo no se conocia, como tengo dicho. El hambre se dejó sentir bien pronto con todo su rigor y con todas sus horribles consecuencias. Gran número de gente del pueblo, sin encontrar un pedazo de pan que llevar á la boca, transitaba macilenta y flaca por calles y caminos, en solicitud de algo con que restaurar sus desfallecidas fuerzas. Afligidas madres, estrechando á sus tiernos hijos contra su pecho, fallecian de necesidad, dando el último alimento que habian conseguido, á los frutos de su amor, cuya vida preferian á la suya. Los hombres y las mujeres



marchaban á otras naciones vecinas para vender su libertad, y se hacian esclavos por alcanzar lo muy preciso para alimentarse y no morir; y los ancianos y los enfermos, que no podian marchar á otros países para venderse, ni recorrer las calles buscando lo preciso, sucumbian víctimas del hambre.

El monarca Moctezuma y los principales magnates abrieron sus graneros para socorrer á sus vasallos; pero todo se agotó en un instante. Afligido el rey con la desgracia de sus súbditos, y viendo que no le era dado de manera alguna remediarla, les permitió que se marchasen á otras naciones para que no pereciesen de hambre en la suya. Muchísimas personas fueron las que emigraron, y muchas las que murieron de necesidad en los caminos antes de llegar al término de su viaje. Casi todas las que llegaron, viéndose expuestas á morir de hambre, vendieron su libertad por un poco de maíz.

El monarca Moctezuma, viendo que la necesidad les obligaba á gran número de personas á venderse por la mezquina subsistencia de dos á tres dias, mandó, por medio de un bando que hizo publicar, que ninguna mujer se vendiese por menos de cuatrocientas mazorcas de maíz, ni hombre ninguno por menos de quinientas.

En medio de aquella desolacion producida por el hambre, la gente infeliz del pueblo se vió precisada á alimentarse de raíces, de yerbas, de moscos, de insectos, de aves acuáticas y de pececitos de la laguna, como los primeros fundadores de la ciudad.

Por fortuna el año de 1453 fué mas abundante, y habiendo sido aun mejor el de 1454, la nacion volvió á go-

zar de las comodidades de los buenos tiempos, y la calma volvió al seno de las familias.

Nuevas conquistas de Moctezuma. No bien empezaban los mejicanos á ver cu-  
biertos sus campos de abundantes maizales y de toda clase de hortaliza y de verduras, cuando les fué preciso empuñar las armas para llevar la guerra á un poderoso contrario que la provocaba. Atonaltzin, señor de la ciudad de Coaxtlahuacan y del Estado del mismo nombre, en el país de los mixtecas, por mala voluntad hácia los mejicanos, cuyas glorias despertaban su envidia, prohibió que ninguno de los últimos pasase por su Estado, para cualquier parte que fuese y el negocio que llevase. Esta orden la hacia cumplir con todo rigor; y cuando algun mejicano, porque no tuviese conocimiento de ella, ó por circunstancias ajenas á su voluntad, pasaba, se veia insultado, preso y maltratado.

Moctezuma, disgustado altamente contra aquella arbitrariedad que perjudicaba los intereses de sus vasallos y ofendia la dignidad de su nacion, envió una embajada al orgulloso Atonaltzin, pidiéndole satisfaccion de las ofensas hechas á sus vasallos y la derogacion de la orden injusta que les negaba transitar por su territorio, ó que de lo contrario le declaraba la guerra. Atonaltzin, que estaba preparado para ella, y que contaba con fuerzas numerosas por ser su señorío muy poblado y poderoso, recibió á los embajadores con desden, y mandó traer á presencia de ellos parte de las riquezas que tenia. Hecho esto, se las entregó á los enviados, encargándoles que dijesen á Moctezuma que por aquel presente que le enviaba, podria deducir lo mucho que él recibia de sus vasallos; y el alto grado de ad-



hesion que le consagraban; que señor que así es querido, nada teme de otra nacion; que, en consecuencia, admitia la guerra, y que en ella se resolveria la cuestion de si los mejicanos habian de ser tributarios de él, ó el Estado de Coaxtlahuacan, de los mejicanos.

Recibida esta arrogante contestacion, Moctezuma pidió á los reyes de Acolhuacan y de Tacuba, sus aliados, un número de fuerzas que juzgó suficientes, y unidas á las mejicanas, las envió, bajo el mando de un esperto general, contra el señor de Coaxtlahuacan.

El ejército contrario, fuerte y numeroso, y mandado por el mismo Atonaltzin, esperó á los mejicanos en la frontera, ocupando posiciones ventajosas. La batalla se dió, combatiendo por una y otra parte con indecible arrojo; pero atacados de repente los mejicanos con ímpetu terrible por los mixtecas, no pudieron resistir el choque, y deshechos y acosados por todas partes, se vieron precisados á retirarse, abandonando la empresa.

Moctezuma, al recibir la fatal noticia de la derrota, resolvió marchar él mismo al frente de todo su ejército, para recobrar el brillo de sus armas y dejar bien puesto el honor de su corona. Dispuesto cuanto era necesario para la campaña, y acompañado de los reyes Nezahualcoyotl y Totoquihuatzin, que quisieron ir con el ejército que cada uno le proporcionó, marcharon los tres soberanos á llevar la guerra á los mixtecas.

Orgullosa Atonaltzin con el triunfo alcanzado, y no dudando, desde el momento de la victoria, que Moctezuma trataria de enviar nuevas tropas, se preparó á recibirlas, y con el fin de asegurar el triunfo, envió embajadores á los

tlaxcaltecas y huexotzingos, invitándoles á una alianza y pidiéndoles auxilio. Los tlaxcaltecas, que eran enemigos irreconciliables de los mejicanos, y que anhelaban atajar las conquistas de éstos, enviaron inmediatamente un grueso ejército en favor de Atonaltzin, y lo mismo hicieron los huexotzingos.

Lo primero que hicieron fué dirigirse sobre Tlachquiahco, pueblo de la Mixteca, en que habia una fuerza mejicana que allí se detuvo despues de pasada la batalla, quedándose en posesion del pueblo. Los tlaxcaltecas y huexotzingos se arrojaron sobre la guarnicion mejicana y degollaron á todos los soldados que la componian.

Irritado Moctezuma contra sus enemigos, apresuró su marcha para llegar pronto á la Mixteca, en cuya frontera le aguardaba ya Atonaltzin con su ejército y el de los tlaxcaltecas y huexotzingos. El combate fué mucho mas tenaz y sangriento que el pasado, pero fatal por los mixtecas, que fueron completamente derrotados, pereciendo casi todos á manos de los mejicanos, que les persiguieron con tenacidad. Muy pocos fueron los soldados mixtecas, tlaxcaltecas y huexotzingos que pudieron salvarse, y Atonaltzin, viéndose perdido, se rindió á Moctezuma. Ganada la batalla y tomada la ciudad de Coaxtlahuacan, ésta y todo el Estado reconoció por dueño al monarca de Méjico, de quien en lo sucesivo fueron tributarios. Triunfante Moctezuma de sus enemigos, y queriendo aprovechar aquellos instantes oportunos en castigar á otros pueblos que se habian distinguido en hacer daño á los mejicanos transeuntes y correos en tiempos de paz, siguió adelante y se apoderó de Tochtepech, Tzapotlan, Tototlan y Chinantla.



Cargado de ricos despojos y con un considerable número de prisioneros destinados para el sacrificio, volvió el ejército mejicano á su ciudad, donde Moctezuma premió á los que se habian distinguido en la campaña.

Dos años despues, por causas iguales á las que provocaron la guerra de los mixtecas, se vió precisado Moctezuma á ir contra las ciudades de Cozamaloapan y Cuauh-tochco, á las cuales, despues de conquistarlas, les hizo sus tributarias.

1457. Pasado algun tiempo de las señaladas vic-  
 Conquista de la torias que dejo referidas, Moctezuma, por  
 provincia de causas que se ignoran, se vió precisado á em-  
 Cotasta prender una expedicion contra la provincia  
 por Moctezuma. de Cuetlachtlan, ó sea Cotasta, que se hallaba en la costa  
 del seno mejicano. La expresada provincia estaba habi-  
 tada por los olmecas, á quienes, como dijimos en otra  
 parte, arrojaron los tlaxcaltecas del territorio que po-  
 seian. Los olmecas eran gente de valor y habían logrado  
 poner la provincia de Cotasta bajo un pié de abundancia  
 notable. Comprendiendo, sin embargo, que para conjurar  
 la tormenta que les amenazaba, no tenian un ejército que  
 pudiese competir en número con el que enviase el mo-  
 narca de Méjico, pidieron auxilio á los huexotzingos y  
 tlaxcaltecas, cuyo odio hácia los mejicanos conocian. Los  
 huexotzingos, no solo contestaron favorablemente, sino  
 que consiguieron hacer entrar en la liga á los choluleses,  
 sus vecinos. Puestas de acuerdo las tres repúblicas de  
 Tlaxcala, Huexotzingo y Cholula, enviaron reunidos sus  
 ejércitos en auxilio de los cotasteses.

Conociendo Moctezuma lo difícil de la empresa, dispu-

so una gran division, compuesta de los soldados de las dos naciones amigas, que, unidos á los suyos y á los que pidió á los Estados tributarios, formaron un ejército numeroso. Toda la nobleza de Méjico, de Texcoco, de Tacuba y de Tlatelolco se alistó en la expedicion. Lo mas granado de la grandeza se encontraba en aquel ejército, que se disponia á destruir el poder de los habitantes de Cotasta. El valiente Moquihui, rey de Tlatelolco, que sucedió en el trono al desventurado Cuauhtlatoa, afanoso de gloria, era uno de los principales personajes que iba en aquella expedicion. Tambien brillaban en ella, el general Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, hermanos los tres, los cuales pertenecian á la familia real de Méjico, y que, mas tarde, ocuparon sucesivamente el trono. Junto á ellos, y dominados del mismo entusiasmo bélico, se veia á los caudillos de Tenayuca, de Colhuacan y de otras regiones, esperando, impacientes, el momento de marchar al combate.

El dia de partir llegó por fin, y el ejército salió, quedando Moctezuma en Méjico, ocupado en asuntos de gobierno. Cuando se pusieron en marcha las tropas, se ignoraba la alianza hecha entre las tres repúblicas y los de Cotasta, así es que, cuando llegó á noticia de Moctezuma la liga celebrada, despachó inmediatamente correos á los generales de su ejército, ordenándoles que regresasen á Méjico. Vista la disposicion de Moctezuma, los jefes conferenciaron sobre lo que seria conveniente hacer. Las opiniones fueron encontradas. Unos creian que se debia seguir la marcha, si en algo se estimaba la honra militar, y otros juzgaban que la honra no quedaba empeñada por obedecer las órdenes del soberano. La opinion de los últi-